

Quinto Domingo de Cuaresma (A) – 22.03.2026

Ezequiel 37,12-14; Romanos 8,8-11; Juan 11,1-45

Dios Llama a la Vida

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, que nos llama de la muerte a la vida y nos reúne en la comunión de la Iglesia, esté con todos ustedes.

INTRODUCCIÓN

Les doy la bienvenida a nuestra celebración del Quinto Domingo de Cuaresma. En tiempos antiguos, este domingo se conocía como el Domingo de la Pasión. Hoy nos presentamos ante Dios tal como somos: con nuestras preguntas sobre la vida y la muerte, con nuestros miedos y esperanzas, con nuestra culpa y nuestro anhelo de perdón, y con nuestra búsqueda de Dios mismo. Hace algunos años, una mujer me contó que, durante un período de su vida, se sintió atrapada en una rutina que parecía no tener salida. Su matrimonio había terminado, se sentía sola y agotada, y cada día parecía pesado y sin sentido. Lo que la salvó no fue un milagro repentino, sino

una pequeña ayuda: un vecino que escuchó su angustia, una amiga que la invitó a salir, un gesto sencillo que le permitió empezar de nuevo. Paso a paso, la vida regresó. Hoy nuestras lecturas nos muestran algo parecido: el pueblo de Israel se siente enterrado en el exilio, Lázaro yace en el sepulcro, y nosotros también conocemos lugares en nuestra vida que se sienten cerrados, pesados, sin vida.

Escuchamos hoy a un Dios que no acepta la tumba como palabra final.

Un Dios que dice por medio del profeta: “Abriré sus sepulcros.”

Un Cristo que se planta frente a la muerte y llama por nombre: “¡Sal!”

Al iniciar esta Eucaristía, seamos sinceros sobre las formas en que necesitamos que la vida renazca en nosotros, y sobre cómo a veces también nosotros atamos a otros con miedo, juicio o indiferencia. Por eso pedimos la misericordia de Dios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo,
estuvistes al lado de Marta y María en su dolor
y escuchaste sus preguntas y su pena.
Cuando nos impacientamos con la debilidad de los demás
y olvidamos cuánto necesitamos compasión,
te decimos: Señor, ten piedad.

Señor Jesucristo,
lloraste en el sepulcro de tu amigo Lázaro.
Cuando el sufrimiento se vuelve rutina
y el dolor de los otros deja de tocarnos el corazón,
te decimos: Cristo, ten piedad.

Señor Jesucristo,
llamaste a Lázaro fuera del sepulcro
y confiaste a otros que lo desataran.
Cuando nuestras palabras hablan de esperanza
pero nuestras acciones no liberan a los demás,
te decimos: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de la vida,
que conoce nuestros sepulcros y nos llama por nombre,
tenga misericordia de nosotros.

Que nos perdone nuestros pecados, nos libere de todo lo
que nos ata y nos guíe con corazones renovados hacia la
alegría de la Pascua. Que nos lleve, un día, a la plenitud
de la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios de vida y esperanza, nos reúnes en tu mesa
y hablas tu promesa a nuestras vidas frágiles.
Fortalece nuestra confianza en que tú estás obrando
incluso cuando nos sentimos retrasados, decepcionados o
con miedo.

Cuando nuestra fe es débil y nuestras preguntas son
muchas, permanece cerca de nosotros. Inspira tu Espíritu
en lo que parece sin vida y llévanos del miedo a la libertad,
por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina... Amén.

HOMILÍA: Dios Llama a la Vida – De la Tumba a los Nuevos Comienzos

Permítanme comenzar con una historia. Hace algunos años, una amiga me contó acerca de un momento en que su hijo pequeño cayó gravemente enfermo. Llamó inmediatamente a un vecino, un médico, alguien en quien confiaba la vida de su hijo. Pero no llegó a tiempo. El niño falleció. Ella dijo: “Me sentí abandonada, impotente, como si el mundo se hubiera detenido.” Y, sin embargo, continuó: meses después, encontró una nueva forma de vivir, de abrazar la vida plenamente, apreciando cada pequeño latido, cada risa, cada comida compartida. La vida había regresado a ella—no borrando el dolor, sino aprendiendo a vivir con él, a encontrar la esperanza de nuevo.

Esto es lo que nos dice el Evangelio de hoy, en la historia de Lázaro. Jesús no se apresuró a ir a Betania. Lázaro ya había muerto. Y, sin embargo, a través del dolor, la demora y la duda, el plan de Dios se estaba desplegando.

Jesús llama a la vida desde la muerte—no solo físicamente, sino espiritualmente, relacionalmente y emocionalmente.

El profeta Ezequiel habló de una promesa similar siglos antes. El pueblo de Israel, exiliado en Babilonia, sentía que toda esperanza se había perdido. Sus huesos estaban secos; su ciudad y su Templo destruidos. Sin embargo, Dios dijo a través de Ezequiel: “Abriré vuestros sepulcros y os haré volver a vuestra tierra. Pondré mi espíritu en vosotros.” Esta promesa no era solo para los israelitas; es para cada uno de nosotros. Desde el exilio, la opresión, la desesperanza o la soledad de la vida, Dios nos llama a la vida, a la comunidad, a la esperanza.

Pensemos en el Miércoles de Ceniza, cuando recibimos cenizas en la frente: “Recuerda que eres polvo y al polvo volverás.” Un recordatorio severo de nuestra mortalidad. Pero hoy, la Cuaresma susurra algo más: que la muerte no tiene la última palabra. El Espíritu que resucitó a Jesús

de entre los muertos habita en nosotros y nos llama a la vida incluso ahora.

Vemos esto claramente en el Evangelio. Lázaro había estado en el sepulcro durante cuatro días. Sus hermanas, Marta y María, estaban de luto. Amigos y vecinos se reunieron. Y Jesús lloró. No llegó de repente para borrar el dolor. Entró en él. Encontró el dolor con compasión. Transformó el miedo y la desesperación con su presencia y su amor. Como confesó Marta: “Sí, Señor, creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios.”

Me gusta pensar en ese momento en Betania así: imaginen estar en una habitación oscura, cargados de dolor o culpa, y escuchar que alguien llama tu nombre: “¡Sal!” ¿Cómo respondes? Al principio, tal vez con duda. Tal vez con miedo. Pero el llamado en sí es vida. Jesús nos llama a cada uno de nosotros a salir de los sepulcros que no podemos abandonar por nosotros mismos: sepulcros de desesperanza, amargura, culpa o aislamiento. Él dice: “¡Sal!” Y luego, como muestra el

Evangelio, pide a otros que ayuden: “Desátalo y déjalo ir.” La nueva vida no es un viaje en solitario. Se vive en comunidad, con apoyo, amor y cuidado.

Consideremos las preguntas que permanecen: Lázaro volvió de entre los muertos, pero ¿qué pasó con su vida después? ¿Vivió de manera diferente? El Evangelio permanece en silencio. Quiere que nos preguntemos no sobre él, sino sobre nosotros mismos: ¿Cómo respondemos a la vida y a la muerte? ¿A la pérdida y al dolor? ¿A las segundas oportunidades que Dios nos da, a los momentos para vivir más plenamente, con más coraje, con más amor?

Y no son solo los momentos extraordinarios. La resurrección ocurre en la vida diaria. Llegamos cuando una madre termina su turno nocturno y ora por sus hijos. Cuando un joven pasa de la ira al perdón. Cuando una parroquia, cansada y menguante, vuelve a su misión de servicio, presencia y cuidado. Dios llama a la vida desde cada rincón de la limitación humana.

Recuerdo a un filósofo anciano, Odo Marquard, quien en su octogésimo cumpleaños dijo: “Espero y confío en un Dios que, después de mi muerte, no me resucitará, sino que me dejará dormir.” Y quizás tenga razón; quizás haya descanso después de la muerte. Pero antes de ese descanso, la vida se nos da una y otra vez. Cada mañana es una resurrección, cada acto de compasión una pequeña salida del sepulcro.

Jesús nos llama a reconocer que la muerte—física, espiritual, emocional—no es el final. Nos llama a la esperanza, a la fe, a la acción. Nos llama a ver señales: el alimento dado a los hambrientos, la sanación de los heridos, el perdón ofrecido, la compañía compartida. Son señales que apuntan a la vida eterna de Dios. Son invitaciones a confiar, a actuar y a amar.

Y así, mientras reflexionamos sobre Lázaro, sobre los exiliados en Babilonia, sobre el dolor de vidas truncadas y sobre nuestros propios momentos de duda o desesperación, escuchamos una invitación por encima de

todas: Sal. Vive. Espera. Confía. El Espíritu de Dios está activo. Jesús, la resurrección y la vida, está presente. Incluso cuando aún no podemos ver el futuro, incluso cuando la piedra parece inamovible, incluso cuando el dolor parece interminable, la vida nos llama.

Permítanme terminar con una historia. En un pequeño pueblo, una mujer perdió a su único hijo. No podía dormir; no podía comer; no podía imaginar que la vida continuara. Una mañana, vagó hacia el río donde a menudo había jugado con su hijo. Se sentó allí en silencio, esperando, llorando. Y un vecino, viendo su desesperación, simplemente se sentó a su lado. Sin palabras, sin juicio. Solo presencia. Después de horas, se levantó, vacilante pero viva. Había salido de su sepulcro, no solo por milagro, sino a través del amor, del dolor compartido, del llamado silencioso de Dios en los corazones humanos. Y desde ese día, volvió a notar la vida: la luz del sol, los pájaros, la risa de los vecinos. Comenzó a hablar con otros, a cuidar, a vivir. La resurrección había llegado—no

con fanfarria, sino suavemente, en silencio,
persistentemente.

Queridos amigos, Dios nos llama a la vida hoy. En cada dolor, cada limitación, cada miedo y cada sepulcro de nuestros corazones, Él dice: “¡Sal! ¡Desátate! ¡Vive!” Y cuando respondemos, cuando damos un paso hacia Él y hacia los demás, vemos que la vida—plena, eterna, radiante—ya ha comenzado. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Creer significa confiar en que Dios es más fuerte que la muerte

y que no caminamos solos.

Juntos, como comunidad llamada a la vida,
profesemos la fe que nos une

y nos da esperanza más allá de todo sepulcro.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios nos llama a salir de todo sepulcro: del miedo, de la desesperanza y del peso que oprime nuestro corazón.

Al ofrecer el pan y el vino en el altar, llevemos también nosotros: nuestras dudas, nuestro dolor, nuestro anhelo de vida y nuestro deseo de renovación.

Con corazones abiertos, pidamos a Dios que transforme estos dones—y nos transforme a nosotros—para que resucitemos con Cristo y compartamos su vida con el mundo.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios de los nuevos comienzos, te ofrecemos pan y vino, frutos de la tierra y trabajo de nuestras manos—signos de vida, alimento y esperanza.

Al colocar estos dones en tu altar,

nos colocamos también nosotros:

con nuestras dudas y temores, nuestro dolor y anhelo,
nuestro deseo de vivir plenamente.

Transforma estos dones y transfórmanos, para que,
nutridos por Cristo,

podamos ser signos de vida para los demás.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús llamó a Dios Padre
incluso frente al sufrimiento y la muerte.
Con la confianza de niños que esperan la vida,
recemos la oración que Él nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te pedimos, de todo mal,
especialmente del miedo que nos paraliza
y de la desesperanza que nos encierra.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por tu misericordia,
vivamos en libertad y esperanza
mientras aguardamos el cumplimiento de tu promesa
en Jesucristo, la resurrección y la vida.

ORACIÓN POR LA PAZ

La paz no nace donde gobierna el miedo
o donde las diferencias dividen.
La paz crece donde las personas se atreven a verse
como dones y no como amenazas.

Cristo es nuestra paz.

Se para frente a los sepulcros cerrados y habla vida.
Pidámosle que nos dé su paz:
una paz que sana, libera y une.
Señor Jesucristo, da tu paz a nuestros corazones y a
nuestro mundo. Tú que vives y reinas por los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí a Jesucristo, la resurrección y la vida.
En este pan partido, Él se da a nosotros
y nos llama a salir de todo lo que nos ata.
Dichosos los llamados al banquete del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos recibido el pan de vida.
Cristo ha entrado en nuestra oscuridad
y ha compartido nuestra fragilidad humana.
Que su Espíritu nos siga llamando
del miedo a la confianza, del aislamiento a la comunidad,
de la muerte a la vida.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de misericordia y renovación,
te damos gracias por encontrarnos en tu mesa
y alimentarnos con la vida de tu Hijo.
Abre nuestros ojos a quienes aún esperan ser desatados.
Abre nuestros oídos a tu llamada silenciosa en la vida
diaria. Fortalece nuestras manos para servir, nuestros
corazones para esperar, y nuestras vidas para testimoniar
tu amor. Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Dios de vida, prometes un futuro
aunque el presente parezca estrecho y pesado.
Caminas con nosotros a través de la enfermedad, la
pérdida y la incertidumbre
y nos llamas hacia adelante cuando la esperanza parece
enterrada. Que te bendiga y nos guarde.
Que nos llame a la vida una y otra vez.
Y que el Dios todopoderoso, † Padre, Hijo y Espíritu
Santo, nos bendiga. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz.
Escuchen la voz que los llama por nombre.
Vivan como personas que han sido levantadas a nueva
vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios no quita cada piedra de golpe—
pero siempre nos llama a salir del sepulcro.

Lunes de la 5.^a Semana de Cuaresma – 23 de marzo de 2026 - *Dan 13,1–9.15–17.19–30.33–62; Jn 8,1–11*

INTRODUCCIÓN

Al iniciar un nuevo año escolar, un maestro repartió a cada estudiante una hoja en blanco y les dijo: “Esta hoja no es tu pasado; es tu futuro. Lo importante es lo que escribas en ella desde hoy”. Ese simple gesto alivió los corazones de muchos jóvenes. Les recordó que los errores, las etiquetas y los fracasos del pasado no tienen por qué definir quiénes serán.

La Palabra de hoy nos muestra algo muy parecido que Dios hace por nosotros. En la historia de Susana, vemos cómo la justicia de Dios protege a los inocentes y desenmascara los juicios falsos. En el Evangelio, encontramos a Jesús, quien se interpone entre una pecadora y sus acusadores, no para negar la verdad, sino para abrir un camino mediante la misericordia. En un mundo que juzga con rapidez y tiende a condenar, el

Señor se inclina, escribe en el polvo y nos recuerda suavemente que toda vida vale más que su peor momento.

Al comenzar esta Eucaristía, nos presentamos ante Dios con nuestras historias incompletas, nuestras faltas y nuestras esperanzas. Confiemos en que el Dios que adoramos hoy no es un Dios que lanza piedras, sino un Dios que abre nuevas páginas, restaura la dignidad e invita—una y otra vez—a comenzar de nuevo.

ACTO PENITENCIAL

Confiando en la misericordia de Dios, que no condena sino que nos llama a la vida nueva, reconozcamos nuestros pecados y preparemos nuestro corazón para celebrar estos sagrados misterios. Señor Jesús, tú estás al lado de los acusados y olvidados.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, desarmas nuestro corazón y nos enseñas la compasión. **Cristo, ten piedad.**

Señor Jesús, nos invitas a dejar nuestros pecados atrás y a comenzar de nuevo. **Señor, ten piedad.**

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, rico en misericordia y lento para la ira, nos mire con compasión, afloje las piedras que sostenemos en nuestras manos, perdone nuestros pecados y nos conduzca a la libertad de la vida nueva en Cristo nuestro Señor. **Amén.**

ORACIÓN COLECTA

Dios misericordioso y justo, que no te deleitas en la condena sino en la conversión del pecador, líbranos del peso de nuestro pasado, enséñanos a juzgar con humildad y amor, y danos el valor de empezar de nuevo, para que, renovados por tu misericordia, caminemos a la luz de tu verdad. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

Hace algunos años conocí a un hombre que vivía convencido de que su peor error definía toda su vida. Se sentía atrapado, sin posibilidad de redención. Un día, durante un momento de oración en silencio, escuchó en su corazón una voz que le decía: “Todavía no he terminado contigo”. Ese simple mensaje cambió su vida. Comprendió que siempre hay un futuro abierto, una oportunidad para escribir nuevas páginas.

Esto es exactamente lo que Dios nos ofrece hoy. A través de Jesús, descubrimos un amor que no tiene límites, un Dios que nos da espacio para cambiar nuestro pensamiento, reconocer nuestros errores y comenzar de nuevo. Dios no se cansa de nosotros. No lleva cuenta de nuestras faltas. Siempre mantiene la puerta abierta y dice: “Todavía tienes un futuro conmigo”.

La historia de Susana nos recuerda que, a veces, la justicia humana falla y se cometen injusticias. Una mujer es acusada falsamente y condenada, pero Dios actúa a

través de alguien valiente que denuncia la mentira y restaura la verdad. Así también, nosotros estamos llamados a ser valientes, a cuestionar juicios injustos y a defender la dignidad de los demás.

En el Evangelio, la mujer sorprendida en adulterio nos muestra que Jesús no reduce a las personas a sus peores errores. Él reconoce su pecado, pero también ve su futuro. “Ni yo te condeno. Anda, y no peques más”, le dice. Es un llamado al perdón y a una vida renovada.

Hoy, Jesús nos dice lo mismo: dejemos las piedras, confiemos en la misericordia de Dios y atrevámonos a empezar de nuevo. Con Él, nuestra historia no ha terminado y siempre está escrita con esperanza.

INVITACIÓN AL CREDO

Con fe, afirmemos nuestro compromiso con el Dios que nos da siempre una nueva oportunidad.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Con corazones humildes, llevemos al altar el pan y el vino—signos de nuestra vida tal como es—y pidamos al Señor que los transforme, y nos transforme a nosotros, por el poder de su amor misericordioso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones que te presentamos. Como una vez defendiste a los inocentes y restauraste al pecador, permite que este sacrificio nos limpie del pecado, ablande nuestros corazones y nos forme como un pueblo de misericordia y justicia. Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque eres un Dios cuya justicia nunca se separa de la misericordia y cuya verdad siempre se proclama con amor. Cuando tus hijos son juzgados injustamente o cargados

por la culpa, no los abandonas, sino que te acercas con compasión y fidelidad.

En tu Hijo, Jesucristo, revelaste una justicia que restaura y no destruye. Él se puso al lado del inocente que no tenía voz y levantó al pecador cargado de vergüenza. Rechazó el camino fácil de la condena y abrió el camino más difícil de la conversión, el perdón y la vida.

Por su muerte salvadora y su resurrección que da vida, ha escrito un futuro nuevo para la humanidad, no en tablas de piedra acusadoras, sino en corazones renovados por la gracia. Por Él, nos llamas a dejar nuestras piedras de juicio y ser testigos de tu misericordia en un mundo quebrantado.

Y así, con ángeles y arcángeles, y con todos los santos, proclamamos tu gloria, cantando sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Siguiendo el mandato del Salvador y formados por su enseñanza divina, digamos con confianza la oración que Él nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal, especialmente de la dureza de corazón que nos lleva a juzgar, excluir y condenar. Líbranos del miedo disfrazado de justicia y del orgullo que olvida nuestra propia necesidad de misericordia.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, con la ayuda de tu compasión, seamos liberados del pecado y de la angustia, y aprendamos a vernos unos a otros con los ojos de Cristo, mientras esperamos la bendita esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, dijiste a tus Apóstoles: La paz os dejo, mi paz os doy; no mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia.

Sana las divisiones en nuestro corazón que nos quitan la paz y enséñanos a soltar el resentimiento, la autojusticia y

el miedo. Así como desarmaste a los acusadores y devolviste dignidad a los quebrantados, forma tu Iglesia en hogar de misericordia, donde se hable la verdad con amor y la justicia se guíe por la compasión.

Concédele pacíficamente unidad según tu voluntad.

Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Bienaventurados los llamados a la cena del Señor, no porque sean sin pecado, sino porque confían en su misericordia.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En el silencio de nuestro corazón, escuchemos nuevamente las palabras de Jesús: “Ni yo te condeno. Anda, y no peques más.” Alimentados por su Cuerpo y Sangre, salgamos de este lugar más ligeros, libres y preparados para escribir la próxima página de nuestra vida con esperanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Padre misericordioso, nos has alimentado con el Pan de Vida. Que este sacramento sane lo que está quebrantado en nosotros, nos libere del peso del pecado pasado y nos fortalezca para caminar en la novedad de la vida, dando testimonio de tu misericordia en el mundo. Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios de la misericordia, que salvó a los inocentes, perdonó a los pecadores y abrió un futuro lleno de esperanza para todos, los bendiga y los guarde. Que nos libre del miedo y la condena, nos fortalezca para elegir la compasión y nos guíe por el camino de la vida.

Y la bendición de Dios todopoderoso, ✠ Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. **Amén.**

DESPEDIDA

Vayan en paz, dejando atrás cada piedra de juicio, y glorifiquen al Señor con vidas moldeadas por la misericordia.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios aún no ha terminado contigo. Deja las piedras, confía en su misericordia y atrevete a comenzar de nuevo.

Martes de la Quinta Semana de Cuaresma – 24.03.2026

Num 21,4–9; Jn 8,21–30

INTRODUCCIÓN

Hay un relato sobre un anciano que caminaba por un sendero árido y se encontró con un joven que lloraba junto a un pozo seco. El anciano le preguntó: “¿Por qué lloras?” y el joven respondió: “Porque no veo agua.” El anciano le sonrió y señaló un pequeño manantial que brotaba apenas unos pasos más allá: “El agua estaba ahí todo el tiempo; solo hacía falta mirar con atención.”

Hoy, la Palabra de Dios nos invita a mirar más allá de lo evidente. En el Evangelio, Jesús habla desde la verdad y la misión de su Padre; nosotros escuchamos desde nuestra visión limitada, desde lo conocido y seguro. La pregunta de sus oyentes—“¿Quién eres?”—es la pregunta más profunda de todas, aunque aún no estén listos para abrir los ojos al horizonte divino.

En la primera lectura, el pueblo en el desierto está cansado y desanimado. Dios no quita sus dificultades,

pero les ofrece un signo: la serpiente de bronce levantada, un símbolo de curación y vida. En el Evangelio, Jesús nos recuerda que Él mismo será levantado, y solo entonces su identidad se hará plenamente visible.

Al reunarnos hoy, se nos invita a levantar la mirada: dejar el miedo, la confusión y el desaliento, y contemplar a Cristo, elevado por nosotros en la cruz y presente entre nosotros en la Eucaristía. Él ya nos mira con amor; dejemos que su mirada nos sane y nos guíe hacia la plenitud de la vida que promete.

ACTO PENITENCIAL

El Señor Jesús fue levantado para que todos los que lo miren tengan vida.

Reconozcamos ahora nuestras faltas y nuestra resistencia a su luz, y preparémonos a celebrar estos sagrados misterios. *(Pausa)*

Señor Jesús, tú vienes de lo alto y caminas pacientemente entre nosotros. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, fuiste elevado en la cruz para atraer a todos

hacia ti. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, nos miras con misericordia y nos guías de la oscuridad a la luz. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso,
que amó tanto al mundo que entregó a su Hijo único,
nos mire con misericordia, sane nuestras heridas
causadas por el pecado, y nos guíe del miedo a la fe,
para que, libres de todo lo que nos ata, caminemos como
hijos de la luz y lleguemos finalmente a la vida eterna.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios bondadoso, como tu Hijo fue elevado para traer
sanación y vida a todos los que lo miran,
concédenos fe perseverante y humilde confianza,
para que, contemplando el misterio de la cruz,
nos dejemos atraer más profundamente hacia tu amor
y testifiquemos tu verdad en el mundo.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo... Amén.

HOMILÍA – MARTES DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA

Se cuenta que un maestro llevó a sus alumnos a observar un árbol viejo en el bosque y les preguntó: “¿Qué ven?” Algunos vieron solo hojas secas y ramas torcidas; otros notaron los brotes que prometían nueva vida. Cada uno miraba lo mismo, pero su percepción era distinta.

Así sucede hoy con el Evangelio. En San Juan, Jesús y los fariseos hablan, pero no se escuchan. Juan nos invita a ver los contrastes: luz y oscuridad, cielo y tierra. Jesús habla “desde arriba”, desde la vida y misión de Dios. Sus oyentes discuten “desde abajo”, desde lo familiar y seguro. No es extraño que no se comprendan.

Los fariseos hacen la pregunta que sigue resonando: “¿Quién eres?” No es una pregunta vana; es la pregunta esencial. Sin embargo, no logran escuchar la respuesta, aunque Jesús dice las palabras más sagradas: “Yo soy”. Palabras que antes salieron de la zarza ardiente ahora

están ante ellos en carne y sangre, pero no lo reconocen. La incredulidad los mantiene en un callejón sin salida.

Jesús, sin embargo, no se retira ante su rechazo. Como judío entre su pueblo, enfrenta la resistencia con valentía y amor. Continúa hablando y invitando. Y hace una afirmación sorprendente: “Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces sabréis que yo soy.” Solo la cruz revelará plenamente quién es.

Aquí el Evangelio se une con la primera lectura. El pueblo en el desierto estaba fatigado y desanimado en un camino difícil. Dios no eliminó la dificultad, pero les dio un signo: la serpiente de bronce levantada. Mirarla con confianza les dio vida.

Así también con Jesús: elevado en la cruz, se convierte en el lugar donde el cielo y la tierra se encuentran. Lo que parece fracaso se vuelve revelación; la debilidad aparente se transforma en fuerza. En la cruz, Jesús se muestra obediente al Padre—“siempre hago lo que le agrada”—y

como el amor de Dios hecho carne, entregado a amigos y enemigos. Por eso los cristianos contemplamos el crucifijo: no para glorificar el sufrimiento, sino para ver el amor sin límites.

A medida que nos acercamos a la Semana Santa, mantengamos viva la pregunta en nuestro corazón: “Señor, ¿quién eres?” La respuesta más clara no viene de argumentos, sino de la contemplación: mirar a Cristo crucificado y resucitado. En un mundo lleno de noticias oscuras y desalentadoras, necesitamos un lugar donde descansar la mirada. Cuando miramos al Señor—en la oración, en la Eucaristía o en un simple crucifijo en casa—descubrimos que Él ya nos mira, y esa mirada da vida.

Termino con otra historia. Una enfermera relató que un paciente moribundo, incapaz de hablar o moverse, fijaba sus ojos en un pequeño crucifijo. Cada vez que el miedo aparecía, su mirada volvía al Cristo y su respiración se calmaba. La enfermera comprendió: “No miraba a la muerte; miraba al amor.”

Ese es el mensaje del Evangelio de hoy. En nuestros momentos de confusión, preguntas y desiertos, se nos invita simplemente a mirar: si nos atrevemos a mirar al Hijo del Hombre levantado, descubriremos que no es un callejón sin salida, sino el camino a la vida.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oremos, hermanos y hermanas,
para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios,
que nos invita no solo a hablar de fe,
sino a levantar la mirada hacia su Hijo
y poner toda nuestra confianza en el poder salvador de la cruz.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, los dones que ponemos sobre tu altar,
y así como tu Hijo fue Elevado para la sanación del mundo, concédenos que este sacrificio purifique nuestro corazón, fortalezca nuestra fe, y nos acerque más profundamente al misterio de tu amor redentor.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y salvación,
siempre y en todo lugar darte gracias,
Señor, Dios santo, Padre todopoderoso y eterno.
Cuando tu pueblo vagaba por el desierto,
no lo abandonaste a la muerte,
sino que levantaste un signo de sanación,
para que todos los que lo miraban vivieran.
En el cumplimiento de los tiempos,
levantaste a tu Hijo en la cruz,
para que en Él el mundo vea
no condena, sino misericordia;
no derrota, sino el triunfo del amor.
Elevado entre el cielo y la tierra,
se reveló como el que viene de lo alto,
obediente a tu voluntad, fiel hasta la muerte,
y radiante con la luz de tu verdad.
De su costado traspasado
fluyen vida, perdón y esperanza para todos.
Y así, con ángeles y arcángeles,

con tronos y dominaciones,
y con todos los ejércitos celestiales,
cantamos el himno de tu gloria
y sin cesar proclamamos: *Santo, Santo, Santo...*

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Enseñados por Aquel que vino de lo alto
y nos llama hermanos y hermanas,
y confiando en el Padre que nos mira con misericordia y
amor, atrevámonos a rezar como Cristo nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
especialmente de la ceguera
que nos impide reconocer tu presencia entre nosotros.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por tu misericordia,
vivamos sin miedo y con esperanza,
mirando siempre a tu Hijo, levantado por nuestra
salvación, que vendrá de nuevo en gloria.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
fuiste elevado en la cruz para reunir en uno a los hijos
dispersos de Dios.

No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédenos la paz que nace de confiar en tu amor:
una paz que el mundo no puede dar,
una paz fundada en la verdad, la misericordia y el amor
entregado.

Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
he aquí a aquel que fue levantado por la vida del mundo,
el que quita el pecado del mundo.

Bienaventurados los que lo miran con fe
y son llamados a la mesa del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En el silencio de este momento, levantemos nuevamente
nuestra mirada a Cristo, presente entre nosotros en este
sacramento.

Como el pueblo en el desierto fue sanado al mirar,
que nosotros también seamos sanados al confiar:
no fijando la vista en el miedo ni en el fracaso,
sino en el amor derramado por nosotros.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo,
te pedimos, Señor, que profundices nuestra fe en este
misterio.

Que este sacramento nos fortalezca
para caminar fielmente por nuestros propios desiertos,
y manteniendo nuestros ojos en Cristo levantado,
nos guíe de la oscuridad a la luz,
de la confusión a la verdad,
y de la muerte a la vida.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios Padre, que tanto amó al mundo
que entregó a su Hijo único,
mantenga vuestros corazones firmes en la fe.
Que Cristo, Señor nuestro,
elevado en la cruz para atraer a todos hacia sí,
sea vuestra fuerza en toda prueba
y vuestra esperanza en toda oscuridad.
Que el Espíritu Santo, que abre nuestros ojos a la verdad,
os guíe siempre por el camino de la vida y la paz.
Y que Dios todopoderoso os bendiga,
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, fijando su mirada en Cristo levantado,
y den testimonio del amor que da vida que han recibido.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

No nos salva tener todas las respuestas, sino saber dónde
mirar. Cuando nos atrevemos a mirar a Cristo levantado,
descubrimos que Él nos ha estado mirando todo el tiempo
— y esa mirada da vida.

La Anunciación del Señor – 25 de marzo de 2026

Is 7,10-14; 8,10; Lc 1,26-38

INTRODUCCIÓN

Una mujer contó una vez que el momento más importante de su vida ocurrió en la mesa de su cocina. Le habían pedido aceptar una responsabilidad que parecía superar por completo sus fuerzas. Sentada allí, sola, se sintió asustada, insegura y abrumada. Todo en ella quería decir que no. Después de un largo silencio, susurró un “sí” tranquilo, no porque tuviera todas las respuestas, sino porque confiaba en que no quedaría sola. Años más tarde dijo: “Ese sí no hizo la vida más fácil, pero sí la hizo significativa.”

Esta sencilla historia nos acerca mucho a la fiesta que celebramos hoy.

Nueve meses antes de la Navidad, celebramos la Anunciación: el comienzo de nuestra salvación. Dios no se impone en el mundo; llega con suavidad, a través de una pregunta, a través de una invitación, y espera una respuesta humana. El cielo se detiene en Nazaret,

aguardando la respuesta de María. Perturbada y llena de preguntas, ella se atreve a confiar en la promesa de Dios y pronuncia un “sí” que cambia la historia.

Hoy celebramos no solo la decisión amorosa de Dios de hacerse humano, sino también el valor de María para entregar su vida totalmente a la voluntad de Dios. Al comenzar esta santa Eucaristía, pongamos ante el Señor nuestros miedos, dudas y vacilaciones, y pidamos la gracia de decir nuestro propio sí, para que Cristo pueda tomar carne nuevamente en nuestra vida y en nuestro mundo.

ACTO PENITENCIAL

Dios viene a nosotros no por fuerza, sino por invitación. Reconozcamos los momentos en que hemos cerrado nuestro corazón, y pidamos al Señor misericordia y perdón.

Señor Jesús, tú vienes a cumplir la voluntad del Padre y a traer la salvación al mundo. Señor, ten piedad.
Cristo Jesús, tú tomaste carne en el vientre de la Virgen María por nosotros. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, nos llamas a confiar y a decir sí a Dios cada día. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de la misericordia,
que miró con amor la humildad de la Virgen María
y envió a su Hijo a habitar entre nosotros,
perdone nuestros pecados,
nos fortalezca en la confianza y la obediencia,
y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Hoy celebramos el momento en que la Palabra de Dios tomó carne en el vientre de María. Su humilde y confiado “sí” trajo la salvación al mundo.

Unamos nuestras voces en alabanza, imitando su fe y obediencia, mientras cantamos el Gloria y glorificamos la maravillosa obra de Dios entre nosotros.

ORACIÓN COLECTA

Dios nuestro, quisiste que tu Palabra eterna tomara carne en el vientre de la Santísima Virgen María. Concédenos, te pedimos,

que al confesar a nuestro Redentor como verdadero Dios y verdadero hombre, participemos de su vida divina y aprendamos, como María, a acoger tu voluntad salvadora con fe y confianza. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA – El sí de María a Dios

Hace algunos años, un hombre compartió una historia sencilla. Había sido invitado a ayudar a una familia vecina que atravesaba un momento difícil. Al principio, su reacción fue dudar. “No sabía si podría hacerlo”, dijo. Después de pensarlo, decidió actuar, confiando en que Dios le daría la fuerza necesaria. Esa decisión, dijo más tarde, cambió su vida y también la vida de quienes ayudó.

Ese gesto cotidiano nos recuerda lo que celebramos hoy.

Nueve meses antes de la Navidad, celebramos el comienzo de nuestra salvación. Dios se hace humano. La pregunta surge naturalmente: ¿por qué lo haría? La

respuesta es simple y profunda: porque Dios es misericordioso, porque ama a la humanidad y porque no nos abandona cuando nos desviamos. Al ver que no podíamos salvarnos solos, Dios interviene. Pero observa cómo actúa: no por fuerza, no desde lo alto, sino por invitación. Dios espera un sí humano.

Ese sí llega de María. Está perturbada, confundida y llena de preguntas. “¿Cómo será esto?”, pregunta, una pregunta muy humana, igual a la que hacemos cuando la vida nos enfrenta con lo imposible. María no finge entenderlo todo. Sin embargo, se atreve a confiar. Se entrega no a su propia fuerza, sino a la promesa de Dios: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra.” Con esa seguridad, pronuncia las palabras que cambiaron la historia: “Hágase en mí según tu palabra.”

Por ese sí, la Palabra de Dios toma carne.

María nos enseña que Dios nos llama a cada uno personalmente. Tal vez nos perturbe, tal vez nos haga dudar, y seguramente nos exigirá esfuerzo. Incluso Jesús,

en el Huerto de Getsemaní, tuvo que aprender a decir: “No se haga mi voluntad, sino la tuya.” Este aprendizaje no es fácil; requiere práctica y perseverancia.

Pero la vida de María nos asegura esto: cuando nos atrevemos a decir sí, no llevamos la carga solos. El mismo Espíritu que la cubrió a ella se nos promete. Nuestro sí personal puede convertirse en bendición para otros, aquí y ahora.

Vivir así es colaborar con Dios. Confiar en Él hace que nuestra vida sea más grande de lo que imaginamos.

Que el ejemplo de María nos enseñe a confiar. Que la Palabra de Dios tome carne en nosotros. Y que nuestro humilde y silencioso sí haga espacio para Dios en nuestro mundo.

INVITACIÓN AL CREDO

Como María respondió a Dios con su fiel “sí”, abrazó el misterio de la salvación con confianza y valentía.

Ahora profesemos juntos la fe que ella vivió, afirmando en el Credo la verdad de Cristo—verdadero Dios y

verdadero hombre—que viene a habitar en nuestros corazones y en nuestro mundo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Así como María ofreció su vida entera a Dios con un confiado sí, ofrezcamos ahora nuestros dones y nuestra vida, pidiendo que el Señor haga fructificar lo que traemos para la salvación del mundo.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta los dones que colocamos sobre tu altar en esta fiesta de la Anunciación.

Que el mismo Espíritu que cubrió a la Virgen María santifique estas ofrendas, y que nuestras vidas, unidas a este sacrificio, se conviertan en un sí vivo a tu voluntad. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando en el Dios que pidió el sí de María y que nunca abandona a quienes confían en Él, recemos con confianza a nuestro Padre celestial:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
estemos libres de miedo y vacilación,
y siempre dispuestos a cumplir tu voluntad,
mientras esperamos la bienaventurada esperanza y la
venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
entraste en nuestro mundo mediante el sí de una humilde
sierva y te convertiste en nuestra paz.
No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele unidad y paz,
para que los corazones se abran a Dios
y el mundo sea renovado por tu amor.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del
mundo. Dichosos los que, como María,
confían en la Palabra de Dios y hacen espacio para Cristo
en sus vidas.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En esta Eucaristía, Dios se ha acercado a nosotros una
vez más. La Palabra que tomó carne en María
ha venido a habitar en nosotros.

Permanecemos en silencio por un momento,
pidiendo la gracia de llevar a Cristo a nuestra vida diaria
con confianza, humildad y amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, hemos recibido el sacramento de nuestra
salvación. Que el misterio que celebramos hoy
eche raíces en nuestros corazones, para que,
nutridos por esta Eucaristía,
vivamos cada día con fe y repitamos el sí de María
en nuestras palabras y acciones.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios de la misericordia, que eligió a la Virgen María para traer a su Hijo al mundo, llene sus corazones de confianza y alegría.

Que Cristo, que se hizo humano por nosotros, habite en ustedes y haga de sus vidas una bendición para los demás.

Que el Espíritu Santo, que cubrió a María, los guíe en la fe y el valor, para que se cumpla la voluntad de Dios en ustedes.

Y que los bendiga Dios todopoderoso, el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios aún espera un sí humano.

Como María, tal vez no entendamos todo, pero si confiamos y decimos sí,

Dios siempre encontrará un lugar para nacer de nuevo en nuestro mundo.

Jueves de la 5ª Semana de Cuaresma – 26.03.2026

Gen 17,3–9; Jn 8,51–59

INTRODUCCIÓN

Una vez, un anciano recordó cómo, durante su juventud, enfrentó una gran dificultad. No tenía nada que pudiera garantizar su seguridad: ni documentos, ni promesas de otros. Solo había una voz confiable que le decía: “Confía, yo estoy contigo”. Esa palabra lo sostuvo en los momentos más oscuros y lo acompañó hasta que vio la luz del día nuevamente.

Nosotros también conocemos la fuerza de las palabras que se cumplen. Algunas palabras solo nos informan, otras cambian nuestra vida. Hoy nos reunimos ante el Dios cuya palabra no pasa, cuya promesa nunca falla.

En la alianza con Abraham, Dios se compromete con la humanidad y le da un nuevo nombre a su siervo. En el Evangelio, Jesús nos muestra que Él no es solo un mensajero de esa promesa: Él es su cumplimiento vivo, la Palabra que existía antes de Abraham y que da vida más allá de la muerte.

En el bautismo, esa misma promesa se nos dirige personalmente por nuestro nombre. Pertenecemos a Dios antes de lograr algo, antes de demostrar algo. Toda nuestra vida se convierte en respuesta al “Sí” de Dios. Confiados en la fidelidad de Dios y agradecidos por su amor de alianza, invoquemos ahora a nuestro Señor Jesucristo y adentrémonos más plenamente en esta celebración sagrada.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, el Dios de la alianza es fiel, pero no siempre hemos confiado en su palabra.

Reconozcamos nuestros pecados y preparemos nuestro corazón para celebrar estos sagrados misterios.

Señor Jesús, Palabra hecha carne, fiel a la promesa del Padre. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, nos llamas a guardar tu palabra y vivir con esperanza. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, eres nuestra vida más allá de la muerte y nuestra paz en todo temor. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nunca retira su promesa y cuya misericordia es eterna, nos perdone nuestros pecados, nos renueve en la alianza del bautismo y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y fiel,
que te uniste a Abraham
y cumpliste tu promesa en Jesucristo,
la Palabra que da vida más allá de la muerte:
Limpia nuestro corazón de todo pecado,
 fortalécenos para guardar tu palabra
y haznos herederos de tu promesa,
para que vivamos como hijos tuyos en esperanza y
confianza.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Quisiera comenzar con una historia distinta.

Un joven sacerdote contó que, cuando era seminarista, una tarde escuchó a un anciano decirle: “Hijo, la vida no siempre nos da garantías, pero siempre nos da promesas. Si caminas con ellas, nunca estarás solo.” Esas palabras no eran un contrato ni un documento; eran un recordatorio de que Dios siempre cumple su palabra.

Hoy las lecturas nos muestran lo mismo. Dios hace una promesa a Abram y le da un nuevo nombre: Abraham. No es un simple cambio de nombre, es una alianza. Dios se compromete con un ser humano y dice: “Yo seré tu Dios”. Sus descendientes y su tierra son signos de que la palabra de Dios es confiable. Y no es la primera promesa de Dios: después del diluvio, hizo una alianza con Noé y todas las criaturas, poniendo el arco iris como señal. Toda la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento, narra la paciencia y fidelidad de Dios con la humanidad.

En el bautismo, esa alianza nos alcanza personalmente. Dios nos dice: “Eres mi hijo, y yo soy tu Dios”. Antes de

hacer algo para merecerlo, antes de firmar nada, el “Sí” de Dios se pronuncia sobre nuestra vida. Ahí encontramos nuestro verdadero lugar, más allá de nuestros esfuerzos o logros.

El Evangelio lleva esta alianza a su profundidad más sorprendente. Jesús dice: “Antes de que Abraham existiera, Yo soy”. No es un eslabón más en la cadena de promesas; Él es la Palabra viva, por quien todas las promesas se cumplen. Quien guarda su palabra, nunca verá la muerte definitiva. La vida que nace de la relación con Él continúa más allá de la muerte física.

La Cuaresma nos invita a una respuesta silenciosa: agradecer la alianza de Dios, confiar en su palabra, guardar la palabra de Jesús como Él guardó la del Padre y vivir desde esa promesa, no desde el miedo ni la búsqueda de gloria.

Terminemos con otra historia: un niño le preguntó a su abuela por qué rezaba cada noche. Ella respondió: “Porque Dios nunca ha roto su promesa conmigo. Y si

olvido todo lo demás, quiero recordar siempre esto: soy suya, y Él es mío.”

No necesitamos contratos. La palabra de Dios basta.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Como hijos de la alianza, coloquemos sobre el altar el pan y el vino de nuestra vida, confiando no en nuestras garantías, sino en la promesa fiel de Dios.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, los dones que te ofrecemos, signos de nuestra confianza y agradecimiento, y transfórmalos por tu Espíritu en el sacramento de la nueva y eterna alianza. Que este sacrificio nos fortalezca para guardar tu palabra y vivir desde la esperanza que nos das.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque eres el Dios de la alianza, fiel a través de los siglos.

Te uniste a Abraham y formaste un pueblo para caminar en tu promesa.

En el tiempo completo enviaste a tu Palabra eterna, que existía antes de todos los siglos, a habitar entre nosotros y mostrar que tu promesa es la misma vida.

En Él, la muerte es vencida, el miedo es desvelado y tu palabra se convierte en nuestra esperanza.

Por su obediencia y amor, nos incorporas a la alianza sellada en su sangre, para que vivamos como tus hijos por siempre.

Y así, con los ángeles y santos, y con San Benito y todos los que confiaron en tu palabra, proclamamos tu gloria cantando:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Dios habló su “Sí” sobre nuestra vida antes de que le habláramos. Como hijos de la alianza, recemos ahora con confianza la oración que Jesús nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal, especialmente del temor y la desconfianza, y concédenos la paz en nuestros días, para que, sostenidos por tu promesa y tu misericordia, siempre estemos libres del pecado y seguros de toda angustia, mientras esperamos la bienaventurada esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Palabra viva del Padre, promesa que no falla, no mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia y concédele tu paz y unidad según tu voluntad, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que existía antes de Abraham y aún camina con nosotros.
Bienaventurados los llamados al banquete del Cordero,
que guardan su palabra y viven de su promesa.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En esta Eucaristía, Dios nos ha hablado nuevamente su promesa, no por escrito, sino en pan partido y vida entregada.

Que lo recibido arraigue profundamente en nuestro corazón: somos suyos, y Él es nuestro.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios fiel,
nos has alimentado con el pan de vida y el cáliz de salvación.
Fortalécenos con este sacramento para guardar tu palabra con confianza y perseverancia, y vivir como herederos de tu promesa, hasta compartir plenamente la vida que has preparado para nosotros más allá de la muerte.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios de la alianza los bendiga,
el Padre que llamó a Abraham por su nombre,

el Hijo cuya palabra es vida más allá de la muerte,
y el Espíritu Santo que sella la promesa de Dios en sus
corazones.

Y que Dios todopoderoso los bendiga,
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo.
Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, confiando en la promesa de Dios y
guardando su palabra en su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios no hace contratos con nosotros; hace promesas. Y su
palabra es suficiente.

Viernes de la 5.ª Semana de Cuaresma – 27.03.2026

Jer 20,10–13; Jn 10,31–42

INTRODUCCIÓN

A veces, el rechazo llega silenciosamente.

Una palabra que no se responde. Una mirada que se
aparta.

Una puerta que antes parecía abierta y ahora se cierra.

Un joven compartió una vez cómo, después de años de
lealtad en su trabajo, de repente se encontró aislado. Sin
explicación. Sin culpa clara. Solo silencio. Repasaba cada
conversación en su mente, preguntándose qué había
salido mal. Solo más tarde comprendió que ese dolor lo
había llevado a la oración y, allí, en el silencio, descubrió
que no estaba abandonado.

El profeta Jeremías conocía esa soledad.

Jesús la conoció aún más profundamente.

Hoy, mientras nos acercamos al Viernes Santo, traemos nuestras propias experiencias de rechazo, incomprensión y miedo. Las presentamos ante el Señor, que permaneció fiel cuando otros se volvieron contra Él, y que sigue siendo fiel con nosotros.

Recemos confiados a Jesucristo, nuestra fuerza y esperanza.

ACTO PENITENCIAL

Confiando en Dios, que ve el corazón y nunca abandona a los fieles, reconozcamos nuestros pecados y preparemos nuestro corazón para celebrar estos sagrados misterios.

Tú enviaste a sanar a los de corazón contrito.

R. Señor, ten piedad.

Permaneciste firme en la verdad cuando otros te rechazaron. R. Cristo, ten piedad.

Nunca dejas de llamarnos a confiar en el Padre.

R. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso,
que fortalece a los fieles en los tiempos de prueba,
tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados
y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios misericordioso, cuando somos rechazados e
incomprendidos,
tú permaneces nuestro refugio y nuestra fortaleza.
Danos el valor para confiar en tu justicia,
la gracia para permanecer fieles en el bien,
y corazones arraigados en tu amor,
para que podamos seguir a tu Hijo incluso en el camino de
la cruz.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA: CONFIAR EN DIOS ANTE EL RECHAZO

Se cuenta la historia de un panadero que preparaba con esmero panes y pasteles cada día. A pesar de su dedicación y amor en el trabajo, algunos clientes se burlaban de sus creaciones, criticaban sin razón o despreciaban su esfuerzo. El panadero sentía tristeza, frustración y a veces enojo. Sin embargo, no abandonó su oficio. Continuó horneando con paciencia y cariño, confiando en que su dedicación daría fruto y que alguien podría apreciar su esfuerzo. Al final, su perseverancia fue recompensada: el panadero se convirtió en ejemplo de dedicación, no por la aprobación de todos, sino por su constancia y amor por lo que hacía.

Esta imagen nos recuerda al profeta Jeremías. Vivió en tiempos difíciles, cuando el pueblo resistía la Palabra de Dios. Jeremías se entregó de corazón a su misión, advirtiéndolo del juicio y llamando a la conversión. Su vida estuvo marcada por el rechazo, las falsas acusaciones y la crueldad de quienes buscaba guiar. A veces sentía

amargura e incluso deseos de justicia contra sus enemigos. Pero sabía dónde depositar sus emociones: en la oración. Lamentaba con sinceridad ante Dios, expresando su dolor y su deseo de justicia. Y a través de todo, confiaba en que Dios actuaría y que su fidelidad daría fruto en el momento adecuado.

En el Evangelio de hoy, vemos una escena similar en la vida de Jesús. Querían apedrearlo por sus afirmaciones sobre su origen divino y porque su mensaje desafiaba su comprensión de Dios. Y, aun enfrentando la hostilidad, Jesús permaneció firme. No buscó venganza ni devolvió mal por mal. Señaló con sus obras —de amor, sanación y verdad— la presencia de Dios. Por estas obras, algunos corazones fueron tocados y la fe comenzó a crecer en lugares inesperados. Jesús, como Jeremías, continuó fiel incluso cuando el camino era difícil y el rechazo parecía implacable.

¿Qué nos enseña esto? La vida nos pone ante situaciones de hostilidad, rechazo o incomprensión. Tal vez en el

trabajo, en la familia o en la comunidad, encontramos críticas que parecen injustas o dolorosas. Nuestra reacción natural puede ser defendernos, enojarnos o alejarnos. Sin embargo, Jeremías y Jesús nos muestran otro camino: llevar nuestras emociones a Dios en oración, dejar el juicio en sus manos y continuar la obra que se nos ha confiado. Confiar en que Dios obra, aunque no veamos resultados inmediatos.

Jesús también nos recuerda que cada persona lleva la imagen de Dios. Cada vida es sagrada, con dignidad y un llamado propio. La hostilidad que enfrentó Jesús nos recuerda la verdad que proclamaba: respetar, proteger y honrar a cada persona, incluso a quienes nos incomodan o nos rechazan. Mientras nos preparamos para la Semana Santa, vemos la plenitud de esta verdad en la pasión de Jesús: un hombre plenamente humano y divino, cuyo amor permanece incluso ante el odio y la muerte. En su sufrimiento, su fidelidad revela el amor de Dios en su forma más pura.

Así que permanezcamos fieles, como el panadero, como Jeremías y como Jesús. Llevemos nuestro dolor, dudas y emociones oscuras a Dios. Perseveremos en el bien, confiando en que Dios obra a través nuestro. Y recordemos: aunque otros no comprendan o aprueben, el amor y la justicia de Dios finalmente prevalecerán.

Para terminar, una historia más: una niña quiso dibujar un regalo para su madre. Trabajó con dedicación, aunque se rompieran sus crayones y se rasgara el papel. Al final, su dibujo no era perfecto, pero su madre se llenó de alegría al ver el amor y esfuerzo detrás de él. Así también Dios ve nuestro amor, esfuerzo y fidelidad, incluso cuando otros no lo notan. Nuestra misión es permanecer fieles, arraigados en el amor de Dios, confiando en que nuestro esfuerzo nunca es en vano.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Ofrezcamos a Dios estos dones, presentando ante Él nuestras luchas, nuestra perseverancia, y nuestra confianza en que Él hace brotar vida incluso del rechazo.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, los dones de tu pueblo fiel,
y transforma nuestro miedo en confianza,
nuestras heridas en fuentes de gracia,
y nuestra fidelidad en señal de tu amor presente en el
mundo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y
salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor,
Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque por tu Hijo amado revelaste tu fidelidad aun
cuando fue rechazado, incomprendido y condenado. En su
obediencia y confianza, nos mostraste que tu amor es más
fuerte allí donde parece dominar el sufrimiento.

Al seguirlo en el camino de la cruz, nos fortaleces para
permanecer fieles, hacer el bien sin temor y confiar
nuestras vidas a tu voluntad salvadora.

Y así, con los ángeles y arcángeles, con los tronos y
dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos
sin cesar el himno de tu gloria: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confianto en el Padre, que nunca abandona a quienes lo
buscan, y confiados en su misericordia, recemos como
nos enseñó el Señor:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal, especialmente del miedo, la
desconfianza y la desesperanza.

Concédenos tu paz en nuestros días, para que, con tu
ayuda, permanezcamos fieles en el bien y confiemos en tu
amor salvador, esperando la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú permaneciste en paz cuando otros
levantaban piedras contra ti y venciste el odio con amor.

No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele paz y unidad según tu voluntad.

Haznos instrumentos de tu reconciliación y fortalece
nuestros corazones para responder al rechazo con
paciencia y caridad. Tú que vives y reinas por los siglos de
los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.

Dichosos los llamados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En esta Eucaristía recibimos a Aquel que fue rechazado
y que nunca retiró su amor.

Que Cristo, que ahora habita en nosotros,
nos fortalezca para confiar, perseverar y permanecer fieles
en el bien, incluso cuando el camino sea difícil.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que esta sagrada Comunión, Señor,
nos sostenga en el camino de la cruz,
fortalezca nuestra confianza en tu justicia,
y nos ayude a dar testimonio de tu amor
mediante la perseverancia y fidelidad.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios, que permaneció fiel a su Hijo en sufrimiento y
rechazo, los fortalezca en toda prueba.

Que Cristo, que confió en el Padre hasta la muerte,
los llene de valor y esperanza.

Que el Espíritu Santo los arraigue firmemente en el amor
de Dios y los mantenga fieles en el bien.

Y que Dios todopoderoso los bendiga: Padre, Hijo y
Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fidelidad no se mide por aprobación, sino por confianza.

Incluso cuando somos rechazados,

Dios obra, y el amor nunca es en vano.

Sábado de la 5.ª Semana de Cuaresma – 28.03.2026

Ezequiel 37,21–28; Juan 11,45–57

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, un amigo me contó sobre un pequeño jardín comunitario en su barrio. Durante mucho tiempo, el terreno estaba abandonado y cubierto de piedras y maleza. La gente pensaba que no valía la pena cuidarlo, que era un lugar perdido. Pero un día, un grupo de vecinos decidió sembrar algunas flores y plantas. Con paciencia y dedicación, lo limpiaron, regaron y cuidaron. Poco a poco, aquel lugar seco y olvidado se transformó en un espacio lleno de vida, donde niños jugaban y vecinos se reunían. Lo que parecía sin esperanza se convirtió en fuente de alegría y unidad.

Hoy, al acercarnos a los días culminantes de la Cuaresma, estamos invitados a contemplar una fuente mucho mayor de vida: Jesucristo. Su cruz, que a primera vista parece un signo de muerte, se convierte en fuente de vida para todos. Así como aquel jardín renació con cuidado y amor,

Cristo nos ofrece esperanza, sanación y unidad donde hay desesperación y división. En esta Eucaristía, colocamos nuestras vidas ante Él, confiando en que incluso lo más frágil o quebrado puede ser transformado por su amor.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, eres nuestro Rey, a menudo ignorado pero lleno de poder. Señor, ten piedad.

Eres nuestro Salvador, muchas veces incomprendido pero siempre dispuesto a ayudar. Cristo, ten piedad.

Eres nuestro Sanador, a menudo olvidado pero verdaderamente presente entre nosotros. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nos llama a cada uno por nuestro nombre, perdone nuestros pecados, sane nuestro corazón y nos reúna en una sola familia a través del amor vivificante de Cristo. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que sacas vida de la muerte y esperanza de la desesperación, mientras recorremos estos últimos días de Cuaresma, abre nuestros corazones al poder renovador de la cruz. Enséñanos a valorar a cada persona, a actuar con amor y a buscar la unidad en nuestras comunidades. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

HOMILÍA: “EL PODER VIVIFICANTE DE LA CRUZ”

Hace unos años, un amigo me contó sobre un anciano panadero de su pueblo. Cada mañana, el hombre abría su tienda con gran esfuerzo, aunque a veces las ventas eran pocas y las dificultades muchas. La gente pensaba que ya era demasiado viejo para seguir trabajando. Sin embargo, con dedicación y amor por su oficio, el panadero no solo continuó, sino que su pan traía alegría a quienes lo probaban, y su generosidad unía al vecindario en torno a su panadería. Lo que parecía pequeño e insignificante se convirtió en fuente de vida y comunidad.

Las lecturas de hoy nos invitan a reflexionar sobre una fuente aún mayor de vida y renovación: Jesucristo. En el Evangelio, vemos cómo los fariseos y las autoridades judías reaccionaron a Jesús: no con apertura ni gratitud, sino con temor y desconfianza. Sus palabras, sus milagros y su forma de vivir el amor de Dios los inquietaban. El cambio los asustaba, y la transformación cuestionaba el statu quo que tanto valoraban. Caifás, el sumo sacerdote, dijo con frialdad: “Es mejor que muera un hombre por el pueblo a que toda la nación perezca.” Para proteger al colectivo, un individuo podía ser sacrificado. Pero aquí está la profunda ironía: Jesús murió, sí, pero no por la razón que Caifás imaginaba. No murió para preservar instituciones ni mantener poder, sino por amor a cada persona, para reunir a los hijos dispersos de Dios en una sola familia. En Jesús, cada individuo es valioso, llamado por su nombre. Así como Jesús llamó a Lázaro a salir del sepulcro, a Zaqueo a bajar del árbol, y a María Magdalena al sepulcro vacío, nos llama a cada uno a la vida, a renovar nuestra relación con Dios y con los demás.

A través de su muerte en la cruz, Jesús transformó la desesperación en esperanza, el miedo en unidad y la división en comunidad. Lo que parecía un final—la pérdida de la vida—fue en realidad el inicio de un tiempo nuevo. El amor de Dios, revelado en la crucifixión, reunió a las personas alrededor de la cruz. Nos enseñó que el verdadero poder no consiste en controlar, sino en entregarse; que la vida de cada persona importa infinitamente y que el bien común nunca puede costar la dignidad de un ser humano.

Al entrar en la Semana Santa, estamos invitados a colocarnos ante esta cruz, donde muerte y vida se entrelazan, y dejar que nos transforme. Como el panadero que, con su esfuerzo diario, daba vida y unión al vecindario, el sufrimiento de Jesús dio vida abundante para todos. Su amor nos llama a cuidar de los demás con la misma atención y ternura, valorando a cada persona como Él lo hizo.

Acercémonos a esta semana con corazones abiertos a la transformación, dejando atrás el miedo, la sospecha y la comodidad. Permitamos que el amor vivificante de Jesús reforme nuestras relaciones, nuestras comunidades y a nosotros mismos. Y como los vecinos que se reunían alrededor de la panadería del anciano, acerquémonos juntos, atraídos por el poder del amor de Dios, a la cruz—símbolo supremo de vida y unidad.

INVITACIÓN AL CREDO

Creemos en un Dios que nos llama por nuestro nombre y nos da vida, esperanza y unidad. Declaremos juntos nuestra fe.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos, pongamos nuestras ofrendas sobre el altar con gratitud por el amor de Cristo, que transforma el sufrimiento en esperanza, el miedo en unidad y la muerte en vida. Que nuestra ofrenda exprese nuestro deseo de seguirlo fielmente.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe estos dones que presentamos y, por el poder de tu Espíritu, transfórmalos en la presencia vivificante de tu Hijo. Que esta Eucaristía nos fortalezca para llevar tu amor a nuestras familias, comunidades y al mundo, trayendo esperanza donde hay desesperación y unidad donde hay división. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Tú nos llamas a la vida nueva por medio del regalo de tu Hijo, Jesucristo. Aunque vino a servir y sanar, los poderes de este mundo quisieron silenciarlo. Sin embargo, en la aparente derrota de la cruz, revelaste el triunfo del amor sobre el miedo, de la vida sobre la muerte y de la unidad sobre la división.

Por el sufrimiento y la muerte de Cristo, tu misericordia reúne a los dispersos, levanta a los quebrantados y

devuelve esperanza a los cansados. Lo que parecía pérdida se convirtió en fuente de vida abundante para todos. Ahora, mientras nos preparamos para la alegría de la Resurrección, damos gracias porque continuas transformando nuestras vidas, nuestras comunidades y nuestro mundo. Por eso, con ángeles y santos, proclamamos tu gloria, uniéndonos al himno sin fin: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Unidos por la cruz y confiados en el cuidado de Dios, recemos juntos, llevando todas nuestras esperanzas, miedos y fragilidades ante el Padre que nos llama por nuestro nombre.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal. Fortalece nuestro corazón con el valor de tu cruz, para que afrontemos el sufrimiento con esperanza, actuemos con compasión y vivamos en unidad con todos. Que tu Espíritu guíe nuestros pasos, sane nuestras divisiones y transforme nuestra debilidad en fortaleza, para que tu amor brille en todo lugar.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesús, tú eres nuestra paz. Que la cruz, que convirtió la muerte en vida, forme nuestros corazones y guíe nuestras acciones. Haznos instrumentos de tu reconciliación, para que en familias, comunidades y naciones, el miedo se convierta en confianza, la sospecha en comprensión y la división en amor. Que tu poder vivificante fluya por nosotros, trayendo sanación a los quebrantados y esperanza a los cansados. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios, que nos llama a cada uno por nuestro nombre. Como levantó a Lázaro del sepulcro, nos invita a levantarnos del desánimo, el miedo y la división. Bienaventurados los que vienen a esta mesa, porque serán fortalecidos para dar testimonio del amor vivificante de Cristo en el mundo.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Al recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo, somos fortalecidos para ser testigos de su amor. Así como el jardín floreció después del esfuerzo de los vecinos, que nuestras vidas, incluso tras las pruebas y sufrimientos, den fruto nuevo. Llevemos esperanza a los desesperados, unidad a los divididos y vida a todos los que encontremos. La cruz nos recuerda que cada persona es preciosa y que la vida de cada uno importa infinitamente.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, que la gracia que hemos recibido en esta mesa transforme nuestras vidas. Ayúdanos a seguir el ejemplo de Cristo de amor entregado, valorando a cada persona, cuidando de los débiles y buscando la unidad. Fortalécenos en la fe y el valor, para que el poder vivificante de la cruz brille en todo lo que hagamos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que nos llama por nuestro nombre y cuyo amor transforma el sufrimiento en vida, los bendiga, los mantenga en esperanza y los fortalezca para dar testimonio de su misericordia y compasión. Vayan en paz, listos para llevar vida, sanación y unidad a todos los que encuentren, llevando el poder de la cruz en el corazón.

Todos: Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con sus vidas y compartiendo su amor con todos.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La cruz convierte lo que parece perdido en vida, lo que parece quebrado en esperanza. Como el jardín florecido después del esfuerzo, o Lázaro llamado del sepulcro, nuestra vida renovada en Cristo puede dar fruto abundante. Que el amor, la valentía y la atención guíen cada paso.